

VI

SEJANO

DESPUES de saber la muerte de Livia, váis sin duda a exclamar: "Tiberio quedé libre: en lo "sucesivo gobernará sólo, y le podremos juzgar por sus propias obras." Esto sería un error, porque la libertad depende más del carácter que de las situaciones, y Tiberio había contraído el hábito de obedecer.

Se ha descubierto sobre una pared del templo de Delos, una serie de inscripciones griegas, que son otras tantas actas de emancipación de esclavos rescatados en nombre de Apolo: un griego era demasiado entendido para vender al Dios sin provecho, y los pobres esclavos se comprometían las más veces a servir sucesivamente al amo, a su viuda o a su hijo mayor, hasta una fecha remota que poco precedía a la de su muerte; del mismo modo, Tiberio había preparado un sucesor a su madre, en la persona de Sejano, de manera que a la muerte de Livia, no hizo más que cambiar de señor.

El "criterio" supremo de la incapacidad moral de un soberano es abdicar en provecho de un súbdito, es eclipsarse voluntariamente detrás de un aventurero atrevido, no reputarse capaz como hombre y abandonar el peso de los negocios a manos indignas. La elección de los hombres es sumamente difícil, cuando no les elige la opinión pública, porque es preciso ser uno mismo honrado para ser previsor, es necesario inspirar la estimación, sobre todo en el trono, para encontrar verdaderos amigos. El poder absoluto expone al que lo ejerce a despreciar de tal manera a la humanidad, que no encuentra más que favoritos, ni tiene afecto más que a las "criaturas." Esta palabra tiene en nuestro idioma una singular energía, pues pinta la operación de un déspota, que "de nada," hace "alguna" cosa, tomando de los últimos peldaños de la sociedad un hombre sin moralidad o sin valor, para elevarle sobre los demás, sólo por su voluntad, complaciéndose luego en su obra, mirándose en ella, y pareciéndole que la bajeza de los que le rodean es un pedestal propio para hacer resaltar mejor su grandeza personal. Tiberio se vió sujeto a esta ley general, justa, fatal: Sejano fué su criatura y su ministro, y a Sejano vamos a estudiar.

"Lucius Aelius Sejanus," fué hijo de un simple caballero, que se llamaba Seyo Strabon: pasó por adopción a la familia plebeya Aelia, y nació en Vulsinia, es decir, era de origen etrusco, siendo de advertir que los etruscos, después de haber sido conquistados por los romanos, no gozaban de buena reputación. Afeminados, complacientes, glotones, voluptuosos, ávidos de riqueza, insaciables, e insensibles a la vergüenza, ejercían en Roma los más lucrativos y los más viles oficios. Perteneciente al séquito del joven Cayo César, Sejano, que era de arrogante figura, había triunfado con su persona y se había vendido al rico Apicio. Tenía desde luego las condiciones que Aristófanes asegura que favorecen tan

to a los que se dedican a las intrigas políticas, cuando asienta que la prostitución hace flexible la espina dorsal, y que el que ha aprendido a no tener pudor, está dispuesto a todo. Esta misma idea puede expresarse enérgicamente con la palabra "cínico." ¿Quién ignora de qué son capaces los cínicos, desde que logran deslizarse en los negocios públicos? Sejano contaba con esa maravillosa preparación; era un completo "cínico."

Su padre, en tiempo de Augusto, era prefecto del pretorio, posición en aquella época de muy secundaria importancia, equivalente a un funcionario de la alta policía. Sejano, su hijo, después de la muerte de Cayo César, había buscado el sol naciente, y se entregó a Tiberio: estudió sus gustos, su carácter y hasta su tristeza, lisonjeó su genio sombrío, dividió sus terrores, fingió conformar sus costumbres a las suyas, y le prodigó consejos que fueron tanto mejor acogidos, cuanto que le aconsejaba lo que Tiberio deseaba, y ni aun se atrevía a enunciar. Así se abrió, según la expresión de Tácito, "esa alma envuelta en tinieblas para los demás y "que para Sejano estaba sin velo ni defensa." (1)

Luego que Tiberio ascendió al trono, le hizo su brazo derecho. ¿Por qué había merecido tan repentina elevación? ¿Había prestado algunos servicios al Estado? ¿Era un General ilustre por sus victorias, un administrador lleno de experiencia, un magistrado probo? No, había cautivado al amo, nada esperaba sino de su favor, y despreciando a sus conciudadanos y a las leyes, se atrevía a todo por servirle. Cuando se revelaron las legiones de Panonia, acompañó a Druso, muy joven aún para no necesitar de sus consejos, un eclipse de luna hábilmente explotado, calmó a los soldados, y Seja-

(1) Ut obscurum adversus alios sibi uni incautum in tentumque efficeret."

no se ocultó tras de Druso, para hacerse más interesante y alcanzar el reconocimiento de Tiberio: el príncipe obtuvo el honor, Sejano el provecho.

Tiberio le agregó a Seyo Strabon, y para que fuese él sólo prefecto del pretorio, nombró a Seyo gobernador de Egipto. Entonces fué cuando conociendo Sejano los planes de Livia, imaginó concentrar un poder ya temido de los romanos, que se llamaba las "cohortes pretorianas." Este fué su gran título, el único quizá para el desconocido favor de Tiberio.

En los tiempos de la República, en todos los campos se llamaba cohorte pretoriana, la que velaba al rededor del General, y guardaba el espacio de cien pies cuadrados que rodeaban la tienda denominada pretorio. Luego que Augusto tomó el título de "imperator", teniendo derecho a una cohorte pretoriana, formó diez, de mil hombres cada una y las conservó cerca de Roma: eran diez mil veteranos fieles, probados y resueltos. Para no causar sospechas a los romanos, estaban diseminados por los alrededores de la ciudad; pero listos a la primera llamada.

Sejano se propuso hacer de ellos un ejército, y acamparlo a las puertas de Roma, o por mejor decir, dentro de la misma Roma. Hizo ver las ventajas de la concentración, que eran el espanto de los enemigos del Emperador, el silencio de los descontentos, la calma de la multitud y el aguijón del senado. Se eligió el Viminal, una de las siete colinas para formar un campo permanente donde se establecieron los que debían asegurar la existencia del imperio, y hasta hoy los viajeros visitan ese campo demasiado célebre, que aunque no ha cambiado de lugar, quedó dentro de las fortificaciones, cuando más tarde al aproximarse los bárbaros, Roma tuvo que fortificarse.

Cuando se sale por la "Porta Pia" y se dobla a la derecha, se ve un inmenso bastión de forma rectangu-

lar que avanza sobre las fortificaciones de la ciudad; ese bastión es la envoltura del campo pretoriano. En la época de Sejano no había fortificaciones, sino únicamente el foso y el parapeto. Si al entrar en Roma os dirigís a las termas de Diocleciano y la estación de los caminos de fierro, siguiendo una avenida cuya entrada se marca por unos pines de follaje sombrío, llegaréis bien pronto al terraplén del bastión que acabo de indicaros, que presenta una superficie de muchas hectáreas y que no es más que el campo pretoriano.

En el ángulo de la derecha que mira al campo, las bóvedas y caminos de ronda son parte de fortificaciones más recientes; pero en el ángulo opuesto, a la izquierda, se distinguen construcciones de mejor época. Series de piezas abovedadas y unidas al muro exterior como las celdillas de un panal, conservan aún señales de pinturas, y tres o cuatro capas de estuco superpuestas, indican restauraciones sucesivas. El cuartel de los pretorianos en la "villa" Adriana puede guiar sobre este punto la imaginación de los arqueólogos. Si se hicieran excavaciones en medio de este recinto, se encontrarían las cuatro vías principales que dividen el campo, cortando en ángulos rectos el alojamiento del General, el lugar en que se administraba justicia y en que se colocaba los estandartes, el templo y el altar para los sacrificios y el Forum; y preparando unas caballerizas para los carabineros del Papa, se ha descubierto una vía antigua, embaldozada con trozos de lava de forma poligonal, que circundaba el campo.

Subid sobre la fortificación y gozaréis de una vista admirable. La llanura de Roma se extenderá a vuestros pies a una gran profundidad: las montañas de la Sabina dejan ver sus rocas áridas y los tonos delicados con que el sol las ha revestido, y los olivos marcan con una sombra más negra el pliegue de las barracas. A la derecha el Tívoli y los poéticos desiertos de la campi-

ña romana, a la izquierda las azuladas cumbres de las montañas que se escalonan y se pierden en lontananza; de sus cumbres llega un aire más puro y más vivo, se respira un hálito libre que recuerda la elocuencia del pasado: cada valle ha sido conquistado por un pueblo hestoico, cada colina recuerda una victoria, cada ruina un bello nombre. Por todas partes aparece el genio de Roma, su gloria y su grandeza, que la empujó a la conquista de la Italia y del mundo entero, etapa por etapa, milla por milla, y día por día, a fuerza de una sabia política, de mucha sangre vertida y de innumerables sacrificios, maravilloso poder de las instituciones y del patriotismo.

Repentinamente suena el clarín: volveos, y tendréis a la vista la triste escena del campo pretoriano. Allí estuvo el arsenal más formidable del despotismo, allí fué sepultada para siempre la libertad romana, allí, en la ciudad y contra la ciudad misma se organizó un ejército de opresores: allí se perpetró el estado de sitio, acampando al enemigo frente a los ciudadanos desarmados; allí reinaron con la mayor insolencia la ociosidad, la prostitución, la avaricia, la rebelión mercenaria, y la sumisión más mercenaria todavía; allí se conspiró contra los buenos principios y se adoraron las imágenes de los malos, allí se puso el poder en subasta pública, hasta que ese cáncer establecido en el seno de Roma todo lo debilitó, todo lo destruyó, todo lo devoró. ¡El campo pretoriano! He aquí el título de Sejano para la amistad de Tiberio, para el odio de los romanos, para el desprecio de la posteridad,

"Sejano, dice Tácito, tenía un cuerpo infatigable y una alma audaz. Lleno de precauciones para con los demás (nada puede igualar la energía del latín, "ad-versus alios criminator"), era una mezcla de adulación y de orgullo, afectando siempre modestia, y siempre devorado por la ambición." Yo agregaré que era

de una figura arrogante, sin escrúpulos ni pudor, que desde el principio se había acomodado a las ideas, placeres y vicios de Tiberio y que con mucha anterioridad, gracias a la sublime invención del campo pretoriano, era dueño de la fuerza real y de las aspiraciones de legalidad, esto es, del ejército y el senado, porque es preciso no olvidar, que luego que se establecieron las cohortes pretorianas sobre el Viminal, se invitó al senado a una revista solemne y que con las maniobras de esos formidables veteranos, se trató de impresionar a los senadores de espíritus inquietos, que sabían no sólo lo que era la disciplina, sino que ellos mismos se encontraban dispuestos a los más difíciles y terribles ejercicios.

No solamente estaban los pretorianos a las órdenes de Sejano, no sólo les lisonjeaba y envanecía llamando a cada uno por su nombre, sino que tras ellos y bajo su protección, se formó este ejército de delatores, de testigos falsos, de espías y de legistas, que con toda desvergüenza volvían las leyes contra los ciudadanos, como los pretorianos sus espadas. Mil veces desgraciadas las épocas de turbulencia y debilidad, en que los que deben proteger a la inocencia la ultrajan, y las leyes se estudian tan sólo para administrar armas a la injusticia!

Por esa doble presión, Sejano tenía en su poder a Roma entera, y se encarnizó tanto más en tal conquista, cuanto que la ambición crecía en él, y le decía al oído que todos esos crímenes perjudicarían a Tiberio y un día le aprovecharían a él. Ansiaba el poder omnímodo, y el contagio se desarrollaba, ¿por qué no? Donde la fuerza ha triunfado, triunfará; el camino estaba abierto, la patria por tierra, destilando sangre y violada para siempre. Sejano desde la aurora de su despotismo, fué el precursor de las desenfundadas ambiciones, que asaltaron por todas partes al imperio.

¿No os parece interesante, señores, examinar el punto preciso en que tal ambición nació en el alma de ese Etrusco? La historia nos indica el momento en que esa ola que se llama "avidez," sed de poder, orgullo y concupiscencia, se precisa, se convierte en una voluntad decidida, conspira y se pone en ejecución. Parece que la chispa fué el deseo de la venganza y el punto de partida del crimen.

Tiberio tenía un hijo, Druso, que careciendo de todas las cualidades de su padre poseía todos los malos instintos; violento, arrebatado, sensual, dado al vino, a la gula y la sangre. Contemplaba los combates de los gladiadores con una alegría feroz, sus ojos se inflamaban y parecía que deseaba beber la sangre que corría sobre la arena, y hasta se llamaron "Drusianas" unas espadas muy cortantes, recién inventadas, y cuyas heridas eran mortales. Se cree que en el museo del Louvre hay una estatua de ese Druso: Visconti y luego Mongez, han pretendido reconocer en ella una semejanza notable entre sus facciones con las de Tiberio y Livia. A la inferioridad moral corresponde la física: la frente es menos inteligente, las cejas más prominentes y duras, y en el conjunto de la fisonomía hay algo de bestial.

Druso, en un momento de cólera, abofeteó a Sejano, placer delicioso quizá, pero que debía pagar caro. Sejano no dijo una palabra, devoró el ultraje y buscó su venganza. Al mismo tiempo surgió en su alma la fórmula decisiva de su ambición: hacer que desapareciera un enemigo, y usurpar el imperio de que era heredero ese enemigo. Las dos ideas eran generales.

Druso casó con una hija de Germánico llamada Livia, o más bien Livilla, para distinguirla de la Emperatriz madre. Poco graciosa en su juventud, fué después una belleza admirable, de la que estaba tanto más orgullosa, cuanto que era una sorpresa para ella, un don

imprevisto de la naturaleza. Sejano la sedujo y cuando la había subyugado por el adulterio, le hizo detestar el ser grosero al que estaba encadenada: le dejó entrever la muerte del brutal Druso, sus propias esperanzas, su futura grandeza, el imperio, un casamiento que la elevaría al trono, y para garantía de sus promesas repudió a Apicata, su esposa, de la que tenía tres hijos. Tácito refiere diferentes veces, y todas de un modo magistral, el complot de Livilla y Sejano. Basta recordar que Eudemo, médico de Livilla y Ligdo, su eunuco, de confianza, ministraron a Druso un veneno lento, cuyos efectos se parecían a una enfermedad por languidez; por fin murió, y su muerte no excitó ninguna sospecha, pues sólo ocho años después de haber perecido Sejano, tuvo noticia del crimen Tiberio, por la confesión de Apicata. Pero es preciso decirlo, los miembros de la familia imperial no se amaban, y los honores que con mejor voluntad se tributaban eran los fúnebres. Para Livilla fué muy sensible esta pérdida, Tiberio no permitió ni aun que se suspendieran los negocios públicos, y soportó con impaciencia los pésames que recibía de todas partes del imperio, y aun hizo con este motivo una repugnante bufonada. Después de las dilaciones inevitables en un largo viaje, llegaron los troyanos, y le manifestaron la tristeza que les inspiraba la muerte de Druso; Tiberio les interrumpió dándoles a su vez el pésame por la muerte de uno de sus ilustres conciudadanos, que ellos también habían perdido, y que se llamaba Héctor.

Dado este primer paso, Sejano tenía aún muchos obstáculos que vencer. Era necesario primero adormir el espíritu penetrante y maravillosamente hábil de Livilla, alejar a Tiberio, aprovechar el disgusto que tenía por los negocios, más y más sensible con la edad, y su desprecio para con los hombres que aumentaba cada día; era indispensable, por último, hacer brillar ante sus

ojos el reposo, una vida tranquila, placeres desconocidos, el atractivo de la pereza y el deleite.

Ya sabéis cómo Livilla, sin quererlo, contribuyó más que nadie a la realización de este plan; cuando su sorda hostilidad contra su hijo, le hizo abandonar a Roma, como un vencido que deserta del campo de batalla. Tres años antes de la muerte de Livilla, Tiberio paseaba su indolencia en las ricas llanuras de la Campania, sin haber elegido el lugar de su residencia; un accidente, tal vez preparado de antemano, suministró a Sejano la ocasión de salvarle la vida. Tiberio había entrado a una gruta para gozar de su frescura; repentinamente caen algunas piedras y una roca parece desquejarse; Sejano la detiene, mientras se salva Tiberio, y muchas personas de su séquito quedan heridas. Los dioses no podían manifestar su favor por un milagro más patente; Sejano era adorado de los dioses. Desde entonces Tiberio, que se fijó en Caprea, tuvo una limitada confianza en él.

La muerte de Livilla era impacientemente esperada por el Emperador y su favorito; pero por causas bien diversas. Luego que la terrible Augusta dejó de vivir, comenzó el desencadenamiento. Desde esa fecha data el reinado de Tiberio, tal como está grabado en la memoria de la posteridad, con los crímenes, las delaciones sin número y los más vergonzosos artificios. Sejano, calumniador siempre creído y adulador pérfido, convierte las sospechas en verosimilitudes, atiza los odios y facilita los castigos. Todo el que lo ofende está perdido, el que para él es un obstáculo, es declarado enemigo del Emperador: hiere a mansalva emboscado tras de la ley de lesa majestad, y obtiene siempre el asentimiento de Tiberio, que mide el ardor de su celo por la abundancia de la sangre vertida. Sejano manejó a su antojo esa alma de sangre y lodo que había descubierto Teodoro, el viejo preceptor. Hiere primero a los amigos de Ger-

mánico y de Agripina, es decir, a las almas nobles y desinteresadas, a lo que podía llamarse en aquel tiempo partido liberal. Agripina fué condenada al destierro; dos de sus hijos, de edad suficiente para ponerse a la cabeza de los descontentos, uno fué deportado a una isla, el otro, encerrado en el Palatino en donde le esperaba la suerte más lamentable. Los delatores se multiplican, los procesos surgen de todas partes, y los enemigos de Sejano desaparecen uno a uno por orden de Tiberio, que piensa herir a sus propios enemigos, engañado por Sejano en el retiro de su isla.

En medio de una corte vendida a Sejano, Tiberio sólo sabía por su fiel Ministro, cómo el imperio, sin cesar amenazado, se salvaba cada día. Su confianza aumentaba al par que el poder de su favorito, y jamás se ha visto una ceguera tan lúgubre, y esta era, como dije al principio, la señal más flagrante de la incapacidad de Tiberio, que cada vez que escribía al senado, pasando la carta por manos de Sejano, no encontraba términos bastantes para hacer el elogio de su compañero, de su asociado, "socius laborum." Sejano tuvo una hija y Tiberio la casó con el hijo de Claudio, su sobrino, que debía de ser un día Emperador, lo que indignó a la multitud que amaba de corazón al hermano de Germanico; el fuego estalla en el teatro de Pompeya, Sejano hace apagar el incendio que amenazaba comunicarse a las casas vecinas, y el senado vota a Sejano una estatua de oro, que debe colocarse en el teatro mismo. Sólo se esperaba esta señal, y dada los romanos se apresuran activamente en levantar estatuas al favorito. Este es un honor que no debe prodigarse ni aun con los más dignos; pero en los tiempos de bajeza se elevan voluntariamente estatuas a gentes que en tiempos regulares se les habría levantado con justicia una horca. Esos homenajes forzados son un producto mixto del favor en lo alto y del servilismo en lo bajo: mien-

tras un objeto es más mediano, la sumisión es más meritosa, la adoración más edificante, la adhesión más insigne. No es al individuo al que se exalta, sino al instrumento, esto es, la mano que sirve del instrumento, y que por su contacto la torna en venerable.

Al multiplicarse las estatuas de Sejano, era él mismo el objeto de todo género de adulaciones. Su "atrium" no era bastante grande para contener a los caballeros, senadores y cónsules que diariamente iban a saludarle como simples clientes. La influencia era tal, que un día el asiento en que hacía sentar a las visitas se rompió por estar demasiado usado; y entre tanto continuaban las delaciones, se acriminaban las miradas, las palabras y hasta el silencio; los escritos estaban sujetos a particulares rigores. Se empleaba toda severidad contra los que osaban atestiguar públicamente o de una manera durable lo que pensaban, y se reprimía de un modo absoluto la manifestación del pensamiento y los medios de comunicarlo. Lutorio Prisco fué condenado a muerte por haber compuesto un poema sobre la muerte de Druso, y haber tenido la torpeza y la falta de previsión de haber leído sus versos, cuando Druso estaba solamente enfermo. Aelio Saturnino, más audaz, escribió una sátira: se le hizo subir al Capitolio, no para ceñir la corona de laurel, tan deseada por los poetas del Renacimiento, sino para ser precipitado de la roca Tarpeya. Fedro el fabulista, debió la vida sólo a la posición que tenía en el palacio, donde estaba empleado, pero perdió su puesto y su fortuna, porque una de sus fábulas había desagradado al favorito; unos afirman que esa fábula fué la del "Casamiento del Sol," otros, que la de las "Ranas pidiendo Rey." Un trágico ponía en boca de Aquiles, imprecaciones muy vivas contra Agamemnon, decíase que era una alusión y se le condenaba a muerte. Bajo un Ministro como Sejano, se necesita un gran valor para ser un escritor honrado. Pero lo que